

LIBROS

“LA NOVELA ESPAÑOLA DEL SIGLO XX”

DE

JOSÉ DOMINGO

Difícil se hace reseñar un libro como éste (1). Y por diferentes razones: primero, por la personalidad crítica de su autor; segundo, por el prestigio adquirido por una colección como la Nueva Colección Labor, que a punto está de alcanzar los dos centenares de ejemplares, y que ha dado tantos y tan buenos textos a las ediciones de bolsillo españolas; y tercero, y último, porque el tema (la novela española desde la generación del 98 a nuestros días, así en un solo bloque) es muy problemático para tratarlo en dos volúmenes que, en conjunto, no alcanza ni las cuatrocientas páginas de texto.

De todas maneras, me parece que se imponen algunas precisiones, en medio de esta turbamulta de nombres, fechas y títulos, apostillados con algunas notas críticas de su autor. Y creo que se hace imprescindible anotar siquiera su presencia como un síntoma de lo que va siendo el conocimiento de nuestra novela contemporánea entre los propios lectores. Las obras históricas sobre el tema abundan y, claro, cada autor, cuando se propone su trabajo pretende ser lo más completo y objetivo posible, bien para no herir susceptibilidades, bien para que el panorama, que es bastante desalentador en términos generales, al menos en cuanto a nombres propios se ofrezca como algo compacto y nutrido. En consecuencia todas las obras históricas que se han publicado hasta el momento, o se han quedado en simples recuentos apresurados, o han sido una heterogénea mezcla de tér-

minos, épocas, obras y autores, que ofrecían un panorama más confundidor que aclarador, esta es la verdad. Ejemplos hay que llenarían el espacio de estas notas. Y ésta me parece que es la servidumbre más notoria del presente libro.

José Domingo, que acude puntualmente a la cita mensual de la revista “Insula” para hacernos partícipes del pulso de la novela que se hace en España en nuestros días, recoge en estos dos apretadísimos tomos síntesis de corrientes, breves referencias y análisis de obras, y trata de hacer un libro integrador, sin pararse en otra consideración. Yo pienso, y esto al margen de las apreciaciones ajustadas y de los aciertos interpretativos del autor, que su intención de ofrecerlo *todo* es prácticamente imposible en un terreno como el de la novela española contemporánea, que todavía espera su trabajo dilucidador. Y ello redundaría en perjuicio de la totalidad. Si la obra se hubiese reducido a una corriente, a un período, o —prescindiendo de nóminas— se hubiese aplicado a desentrañar las líneas matrices de ese fenómeno (insisto, complejo) de la novela española contemporánea, aquella hubiese ganado si no en precisión, sí —desde luego— en interés, y hubiese sido un acierto rotundo.

Tal como está concebido “La novela española del siglo XX” es un breve manual para consulta; una certera referencia; un acicate para acercarnos a las obras allí citadas y empezar a desbrozar mucho camino confuso. Quizá el fallo resida en el proyecto editorial, pero en cualquier caso, el libro queda entre las dos aguas de la recopilación integradora y el juicio de urgencia. Y yo pienso que el prestigio crítico y la sabiduría literaria de José Domingo, nos obligan a exigirle esa exégesis que la novela española tanto necesita.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—José Domingo. “La novela española del siglo XX”. Ed. Labor. Nueva Colección Labor. Barcelona, 1973. 2 tomos.

“TURPA”

DE

RAFAEL BALLESTEROS

Rafael Ballesteros (Málaga, 1938) es uno de los poetas que aparecieron en el panorama de nuestra joven literatura bajo los auspicios de “El Bardo”, una colección de poesía de inestimable andadura que anuncia su inmediata desaparición. Participó aquella especie de adelanto de “novísimos” que fue “Doce jóvenes poetas” (El Bardo, 1968), y luego publicó en la misma colección “Las contracifras” (1969). Su más reciente libro (1) merece algunas palabras de comentario, toda vez que —me parece— está dentro de una línea poética interesante para la lírica española de hoy.

“Turpa” supone una concepción de la realidad muy peculiar, como una experiencia incitante y misteriosa a la que se accede por medio de dos conductos: la percepción y apropiación de la misma (y entonces el lenguaje se carga de sensorialidad y riqueza carnosas) y el ataque a la misma y su posesión, que siempre conduce a la destrucción o la muerte (entonces el lenguaje es una capacidad transformadora sorprendente: las cosas son, pero pueden dejar de ser lo que aparentan sin solución de continuidad). Y no es vana, desde luego, la presencia de la evocación gongorina que se deja traslucir entre los versos del libro:

*Si la perla destila el contenido
el carmín restituye el colorido.*

Oh ciencia

*del albarde y de la pinza
que plantean, al librar, los dos sentidos.
Cuando el clavel no rompe la armonía
el cúmulo de perlas sí se entrega.*

“La palabra —escribe Ballesteros— nombra la realidad./ Y con ella persiste. La voz nombra/ materia y con ella convive”. Con lo que las bases de penetración

sobre el mundo en torno se sintetizan en esos tres verbos claves en todo el libro: nombrar, percibir, convivir. *Turpa* es el misterio, el juego, el azar, la posibilidad del juego trágico o dramático en que la realidad y su observador, o su poseedor, se enzarzan y acaban destruyéndose.

El libro es un poema unitario, plenamente construido en el que todo se encamina a su funcionalidad primordial. *Turpa* empieza abriéndose al mundo, reconociéndolo con asombro; pero luego lo ataca, lo posee, y lo destruye, destruyéndose él también. Se nace, pues, al mundo y a las cosas, para luego destruirlas y destruirse en ellas:

*Pero en su corazón
el labio —nuestro labio— siente
el terrible dolor
de su correspondencia.*

*Turpa
desde el umbral de allí
inició su locura sus ansiosas carreras
su planeado ataque con el grito que siem-
[pre
—jadeante inconcuso rozante de
[pared—
presupone el intento
de venganza y muerte.*

“Turpa” es un libro para leer y releer. El mundo que nos propone es sugestivo, atrayente, nos envuelve en una especie de tempo misterioso sobre el que hay que volver, y sobre el que se podría plantear todo un juego escénico, aprovechando —y es algo que me parece indispensable— esas referencias distanciadoras que dan título a las diferentes partes del poema y por las cuales nosotros, lectores, somos un poco los espectadores incontaminados (?) de una lenta destrucción inevitable.

J. R. P.

(1).—Rafael Ballesteros. “Turpa”. Col. “El Toro de Barro”. Cuenca, 1972. 41 págs.

“ANTOLAGÍA DE LA POESÍA CHINA”

DE
MARCELA DE JUAN

Con el presente, son tres los libros que Marcela de Juan ha consagrado a antologizar la poesía China. El primero data de 1948; el segundo, de 1962, y el tercero, al que ahora nos referimos (1), acaba de ser publicado hace unas semanas. En cada caso, se trataba de corregir, ampliar y poner al día un libro de difícil hechura cuyo estado actual ha exigido no poco tiempo y esfuerzo.

Marcela de Juan, como todos los antólogos —sin excepción—, comienza su trabajo refiriéndose a las dificultades que entraña la ejecución de una antología. Si este tópico nos parece tal en cualquier antólogo de la poesía occidental, tratándose de la china ya no lo es tanto. Mientras un crítico español, francés e inglés debe manejar un material relativamente exiguo que contará a lo sumo con seis o siete siglos de existencia, Marcela de Juan ha tenido que encararse con una poesía cuyo origen data del siglo XXIII antes de Cristo y cuya riqueza en poetas y poemas no tiene paralelo con ninguna otra poesía oriental u occidental. La poesía, para el pueblo chino —o mejor: para las clases dirigentes del pueblo chino— ha sido una actividad consustancial con su propia existencia. Téngase en cuenta que el título de Letrado, indispensable para acceder a los primeros puestos del estado, se obtenía mediante diversos exámenes, uno de los cuales consistía en la composición de poemas. Esta circunstancia dio origen a una extraordinaria abundancia de poemas, y, también, fue el motivo de ese amaneramiento formulista que es una característica habitual en la poesía china de segundo orden.

En general, la poesía china no nos sorprende en la misma medida que la civili-

zación de aquél país. Si en ésta encontramos notas exóticas que son ajenas a nuestros hábitos de comportamiento, en aquella, cuanto ocurre nos es familiar. A esta familiaridad contribuye el hecho de que leamos esa poesía traducida, es decir: despojada del complejo aparato en que la envuelve el idioma y las técnicas de composición. Si no fuera así, la poesía china leída en su idioma original, sería para nosotros un jeroglífico, como en realidad lo es para los eruditos, y aún para los mismos chinos. Marcela de Juan expone algunos ejemplos de la ambigüedad, el esoterismo, las alusiones, etc. que conlleva esa poesía, y nos hace ver las dificultades de su interpretación, que, finalmente, será sólo éso, interpretación, susceptible, por tanto, de variaciones. Así pues, lo que no nos es extraño es el esqueleto de esa poesía. Y es que todos los seres humanos, como apunta Marcela de Juan, respondemos a unos básicos principios de amor, amistad, alegría, dolor, nostalgia, etc. que son los que alientan en la poesía china y en cualquiera otra.

En el estudio preliminar Marcela de Juan hace una sucinta historia de la poesía antologada, exponiendo algunos de los acontecimientos más relevantes de la misma. Anotamos, como el más cercano y trascendente, el ocurrido a principios del presente siglo: la polémica sostenida entre los letrados defensores del “antiguo estilo” y los jóvenes que preconizaban la adopción del lenguaje hablado y modos más libres de composición; polémica que terminó, lógicamente, con el triunfo de los segundos. Algo semejante a lo ocurrido en la literatura griega, precisamente por las mismas fechas.

En la última parte del libro, titulada *Buzón de alcance*, se recopilan algunos de los poemas escritos con ocasión de la “Revolución cultural”. Tales poemas, indica Marcela de Juan, no son tan nuevos ni tan revolucionarios como quieren parecer. En una poesía de existencia tan di-

latada como la china es difícil ser nuevo o revolucionario. La nota característica de estos poemas, su protesta social, ya estaba presente en poemas escritos hacía varios siglos.

De esta antología destacan, para mi gusto, los poemas de Li Po y de Tu Fu (ambos poetas de la dinastía Tang, siglo VII). La poesía de la naturaleza, del primero, sólo tiene parangón, en Occidente, con la de Wordsworth.

L. S.

(1).—Antología de la poesía china. Marcela de Juan. El Libro de Bolsillo, núm. 472. Alianza Editorial, Madrid, 1973.